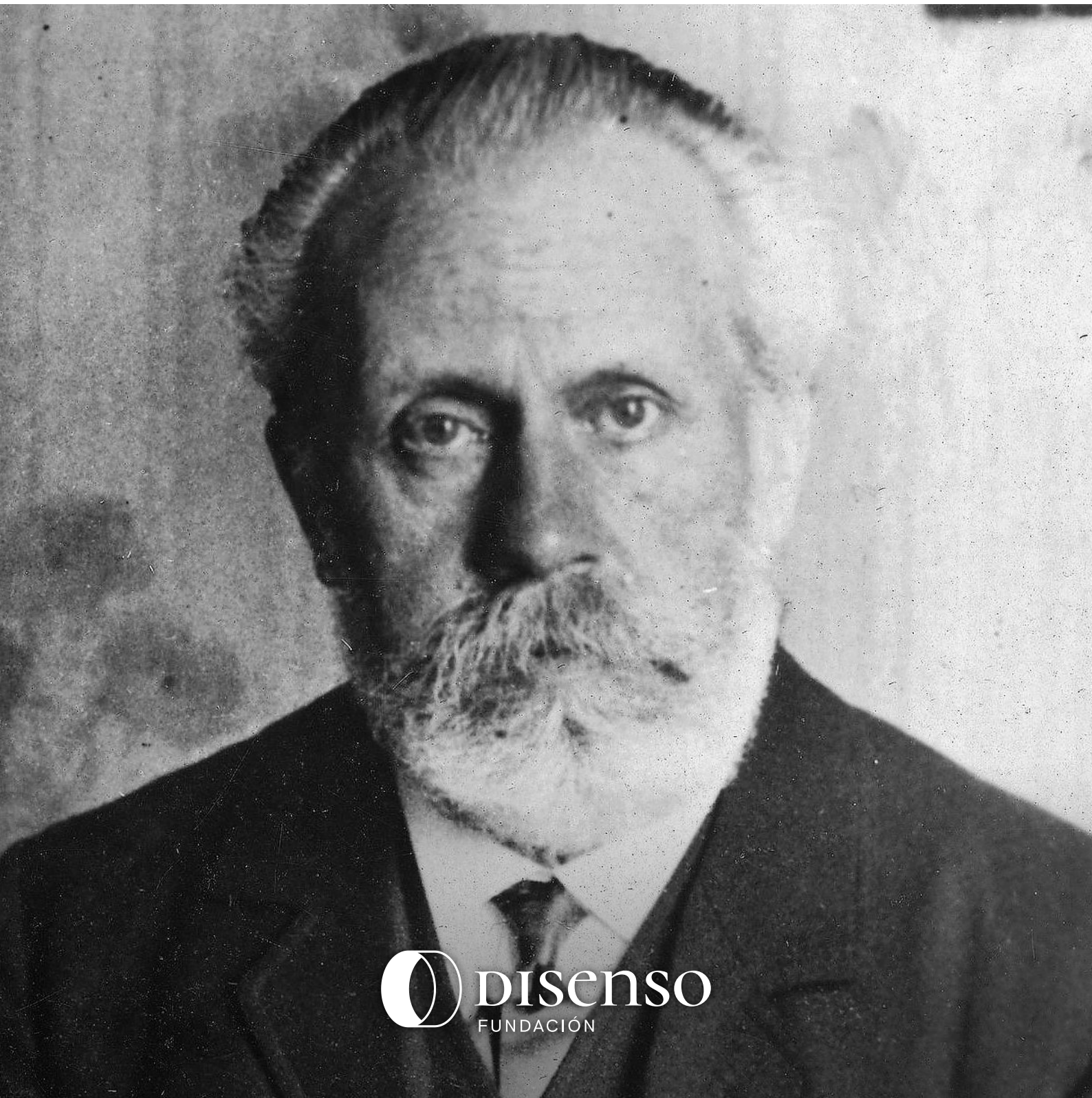


POR PEDRO CARLOS GONZÁLEZ CUEVAS

PABLO IGLESIAS POSSE

La mediocridad carismática



El 2 de mayo de 1879 se fundaba, en la clandestinidad, en Madrid, el Partido Socialista Obrero Español, cuyo programa era casi una traducción del defendido por *L'Égalité*, que apareció en Francia desde 1877. Las relaciones de Paul Lafargue y de otros socialistas españoles con el dirigente francés Jules Guesde hicieron en cierto modo del PSOE trasunto de lo que andando el tiempo se denominaría en Francia «guesdismo».

Jules Guesde (1845-1922) era el pseudónimo de Mathieu Jules Bazile, fundador del Partido Socialista Francés y director del diario *L'Égalité*. Era un creyente en la irreversibilidad del socialismo como resultado del desarrollo económico capitalista hacia una concentración cada vez mayor de poder. Igualmente, se mostraba partidario de la acción parlamentaria para conseguir reformas inmediatas y, a la vez, estaba convencido de que el derrocamiento del capitalismo sólo sería posible mediante la acción revolucionaria. Opuesto, frente a Jean Jaurès, a toda colaboración con los republicanos, lo era también a la política de empresas municipales y a la administración pública de ciertos servicios, porque podrían favorecer la política de los gobiernos burgueses. No era menos hostil a la autonomía del movimiento sindical, que, según él, dividía a los obreros en intereses corporativos. Pensador poco original, autor de algunos modestos folletos, fue divulgador de un marxismo determinista y mecanicista que ejerció una profunda influencia sobre Pablo Iglesias Possee, el líder por antonomasia del PSOE.

Ferrolano de 1850, Paulino de la Iglesia Possee fue hijo de un modesto empleado en el ayuntamiento de El Ferrol, Pedro de la Iglesia Expósito, a quien el capellán de la iglesia de Orense le regaló el nombre y los dos apellidos. Muerto el padre, en 1859, la madre, Juana Possee, cargó con sus hijos Paulino y Manuel y marchó a Madrid. Finalmente, los dos hermanos acabaron recogidos en el hospicio de Madrid. Dos años estuvo en el centro benéfico. Los malos tratos y el cariño a la madre le forzaron a salir del hospicio. Luego comenzó su vida azarosa de imprenta en imprenta; y se hizo obrero tipógrafo. De muy joven, abandonó las prácticas religiosas. Su diversión fue la lectura. Sus autores favoritos fueron muchos y de índole y producción muy variada: desde Plutarco a Cervantes; desde Dante a Víctor Hugo, Maquiavelo y Voltaire, Proudhon y Condorcet, César Cantú, Büchner, Darwin, Haeckel, Draper, Nordau, etc.

En lo referente al marxismo, Iglesias leyó algunas obras de Engels como *Socialismo utópico y socialismo científico*, *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, etc. Hay que añadir el *Manifiesto Comunista*, que, según todos los testimonios, fue su evangelio. Sin embargo, la mayor influencia en su pensamiento fue ejercida por Paul Lafargue y Jules Guesde. Nunca intentó Iglesias presentarse como un teórico marxista. Su única ambición en ese terreno fue difundir algunas «verdades escuetas» que sirvieran de pauta para el comportamiento del partido y del sindicato UGT. En sus escritos, más que elaboraciones teóricas, se encuentran incesantes repeticiones de los principios marxistas elementales o exhortaciones al esfuerzo de los militantes.

El punto de partida de Iglesias se encuentra en la consideración de que el proceso de concentración capitalista se halla prácticamente consumado en España, reduciendo el antagonismo a dos, y sólo dos, polos opuestos: el Ejército, la magistratura, el clero, la policía, etc., no son clases sociales, sino instituciones mantenidas o creadas por la burguesía para que defiendan sus intereses. Semejante reduccionismo permitía alcanzar una división básica entre «política obrera» y «política burguesa» en que concluyen una serie de connotaciones económicas, políticas y morales. Para comenzar, la situación de la burguesía como clase dominante determina la subordinación a la misma del aparato estatal, que se limita a administrar sus intereses. No cabía, pues, abrigar la menor esperanza respecto a un reformismo legal, abordado desde el Estado burgués. Una y otra vez, Iglesias negó validez a las posibles intenciones reformistas de la clase en el poder. El gobierno siempre es definido como un gestor de los intereses políticos de la burguesía y, en consecuencia, la encarnación de las notas que caracterizan la política burguesa: falsedad, incoherencia y tendencias represivas frente a la clase obrera.

Junto a la clase burguesa, otro de los enemigos del proletariado son los partidos republicanos, a los que Iglesias pretendía desenmascarar como desmovilizadores de la acción revolucionaria del proletariado y, por otra parte, como defensores de los intereses básicos de la clase explotadora. Los republicanos eran «falsos revolucionarios», portadores de una ideología que no persigue la emancipación de los

trabajadores, desviándolos de los procedimientos trazados por el socialismo. Iglesias repitió este argumento una y otra vez para legitimar su negativa a cualquier alianza o pacto con los partidos republicanos. En ese sentido, el líder socialista insistía en el inexorable proceso de proletarización de las pequeñas burguesías, que la conduciría al «campo del socialismo llena de coraje y ardor para pelear contra sus enemigos de hoy y enemigos implacables del mañana». El determinismo económico proporcionaba la seguridad de una pronta revolución. De ahí su alusión a la «ceguera burguesa».

El objetivo último de la constitución del PSOE no era otro que alcanzar el socialismo mediante la revolución; y su aceptación del marco político burgués sólo tiene por objeto utilizar una plataforma para la difusión de unas ideas llamadas a triunfar a corto plazo, «la hora de la desaparición de los antagonismos sociales y era de la paz y de armonía entre los hombres está muy próxima». Incluso la plataforma electoral carece de valor en sí misma y su única función es servir de soporte a la preparación revolucionaria. El sufragio universal tan sólo servía de «barniz de legitimidad» al poder burgués. La transición al socialismo se define por una vía revolucionaria en que la organización obrera se vería favorecida por el proceso de proletarización de la pequeña burguesía y la crisis económica. La revolución se haría mediante «la fuerza». Y la conquista del poder significaba el inicio de la dictadura del proletariado «para expropiar a la burguesía» e impedir «todo intento de rebelión por parte de los individuos de aquella clase contra el nuevo orden de cosas, vigilará la conducta de las colectividades productoras para que todos sus individuos perciban el fruto de su trabajo». Una vez expropiada la burguesía y eliminado el régimen de asalariado, se organizará la «producción social», «entregando a las colectividades productoras, no en propiedad, sino para que realicen aquélla».

En 1909, como consecuencia de los sucesos de la denominada «Semana Trágica» de Barcelona, se produjo un cambio evidente en ciertos aspectos del discurso socialista. El cambio de contexto político hizo que Iglesias modificara en alguna medida los contenidos de su esquema de pensamiento. Pactó con una fracción de los republicanos, articulando la llamada «conjunción republicano-socialista»; y, por vez, primera, Iglesias pudo acceder al Parlamento español. Sin embargo, el planteamiento maniqueo se mantuvo, aunque ahora más en el plano directamente político. En aquellos momentos, la Monarquía vino a ser la encarnación del *Mal* y la República del *Bien*. La Monarquía era responsable «con los políticos débiles que la complacieron, de muchas desdichas nacionales y de grandes desastres». El nuevo *Mal* se encarna en los políticos dinásticos, sobre todo en Antonio Maura, el hombre que, según Iglesias, «lanzó a España a la guerra del Rif en las desastrosas condiciones en que lo hizo; que despreció profundamente la opinión del país contrario a ella; que abolió todas las libertades para que no se protestase contra tan dañoso y torpe error». Por esta vía, llegó a justificar el «atentado personal».

Igualmente aparece en el discurso de Iglesias un profundo anticlericalismo. Desde la fundación del PSOE, apareció invariablemente la voluntad de los fundadores de dar una expresión netamente laicista a toda la sociedad. Para el líder del PSOE, la Iglesia católica no era otra cosa que «una servidora celosa de la burguesía, la encargada de sancionar en nombre de Dios todas las tropelías, todos los despojos y todas las infamias que con los asalariados comete aquella». Sin embargo, Iglesias no quería que se confundiera a su partido con los agresivos anticlericales burgueses republicanos, que intentaban persuadir a los trabajadores de que la causa principal de su malestar y miseria se debía a «la existencia de las religiones, y, sobre todo, en la que tiene por director y jefe a León XIII». Las energías revolucionarias del proletariado debían ir hacia los patronos. Además, Iglesias creía que España era «uno de los países más escépticos del mundo, y en el que late como en ninguno el odio hacia el clero regular y secular». A su entender, bastaba con aplicar la supresión de las subvenciones del Estado a la Iglesia católica para que el clericalismo finalizara. Y es que, según Iglesias, la Casa Real y la aristocracia palaciega eran «el verdadero núcleo del clericalismo español», rodeado de varias filas de capitalistas, «que se sirven de su clericalismo para apoderarse de los monopolios y de los altos cargos que disfrutan de retribución generosa».

A diferencia de otros líderes socialistas europeos, como Ferdinand Lasalle, Antonio Labriola o Jean Jaurès, Iglesias no dio excesiva importancia, en sus escritos, al tema nacional español ni a los nacionalismos periféricos. Los socialistas españoles aceptaron el marco nacional; pero rechazaron en todo

momento cualquier política expansionista o colonialista. Criticaron la guerra de Cuba y luego la de Marruecos. Los socialistas rechazaron la fiesta del 2 de mayo por su carácter nacionalista. En su lugar, propugnaron la del 1 de mayo. El programa del PSOE no recogía términos y conceptos como «nación», «patria» o «España». Iglesias y sus partidarios fueron inmunes a los planteamientos del austromarxismo de Otto Bauer y Karl Renner.

Durante bastante tiempo, el PSOE estuvo cerrado hacia las élites intelectuales; algo que fue muy criticado, entre otros, por Ramiro de Maeztu y José Ortega y Gasset. En sus estatutos, la Agrupación Socialista Madrileña establecía que «los obreros intelectuales» quedaban excluidos de cualquier cargo y representación de tipo colectivo. En contraste, Pablo Iglesias desarrolló una especie de ideología carismática y de claro contenido religioso secular, de cara a garantizar su mandato y la cohesión del partido. En la propaganda socialista, Iglesias aparece como un «santo laico» o, más aún, un santo anticlerical e irreligioso. El líder del PSOE era, desde esta perspectiva, un compendio de virtudes, ya que encarnaba la «honradez», la «austeridad», la «abnegación», la «rectitud» y la «sinceridad». Era, además, el «profeta» del socialismo, el «apóstol de las reivindicaciones proletarias», el «redentor del obrero», «el otro Mesías». Sus enemigos eran definidos como «judas», «traidores» o «sacrílegos», que sólo movidos por las fuerzas infernales podían poner en duda la santidad del «redentor del obrero». Con posterioridad, ya más paternalmente, sería conocido como «El Abuelo». Hasta el final de sus días, ejerció una auténtica autocracia en el seno del PSOE.

Iglesias falleció el 9 de diciembre de 1925, casi al mismo tiempo que su gran antagonista Antonio Maura, cuyas exequias se celebraron en la más estricta intimidad. Su entierro fue multitudinario y ha sido analizado, en un libro magistral por el historiador Francisco de Luis Martín, *Pablo Iglesias. Muerte y memoria de un mito*. Celebrado en plena dictadura de Primo de Rivera, con quien colaboraron los socialistas, contó con la asistencia de unas 200 000 personas. Se trató de un auténtico ritual funerario religioso y de Estado, un acto civil sacralizado. La capilla ardiente se decoró al estilo egipcio, con más de un centenar de coronas de flores. Todo el acto reflejó una especie de teología política de carácter secular. El culto a su figura continuó a través de los aniversarios de su muerte y celebraciones del PSOE, así como la edificación de monumentos y estatuas; y la elaboración de hagiografías. Se edificó un mausoleo en el cementerio civil de Madrid; y durante la II República, muchas calles llevaron su nombre. Además, fue construido un mausoleo en el parque madrileño del Oeste, inaugurado en mayo de 1936, en el que aparecía un Pablo Iglesias hierático y pétreo, esculpido por el escultor José Noja. Ya en la transición, la imagen de Iglesias se hizo más amable, simpática y familiar, casi posmoderna, de la mano del pintor Eduardo Arroyo. Sin embargo, carecemos todavía de una biografía académica del fundador del PSOE, una figura intelectualmente mediocre, y ya muy distante de la sensibilidad actual, marginada, en el fondo, por el aparato de un partido cuyo único horizonte parece ser la conquista y conservación del poder. Y es que una de las escasas virtudes de Pablo Iglesias Posee fue la austeridad, algo que brilla por su ausencia en el partido que él contribuyó decisivamente a fundar hace casi ciento cincuenta años.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura